

la localidad, ó un grado de refinamiento en la expresión, que suponga una más elevada general cultura que la que nunca han de llegar á alcanzar ; y si atiende á usar con cuidado, armonía y fe los medios que se hallan á su disposición, no obstante el escaso tiempo de asistencia de sus discípulos á la escuela, logrará despedirse de ellos habiéndolos dotado del conocimiento del arte de leer, que apreciarán sinceramente á través de sus futuras ocupaciones en la vida.

CAPÍTULO II.

ESCRITURA.

146. Elementos de una buena escritura.—Las cualidades distintivas de una buena escritura son tres : claridad, belleza y rapidez. Los elementos de las letras, de cuya formación dependen aquellas cualidades, pueden considerarse los siguientes : inclinación, altura, anchura, curvatura, y modo de unirlos.

Para la *claridad* deben tenerse en cuenta las observaciones que siguen :

1°. La letra redonda es más sencilla que la angular, y, por consiguiente, aquella es la que debe enseñarse en las escuelas.

2°. Los caracteres rectos son más legibles que los inclinados.

3°. La claridad requiere sencillez en los contornos y rasgos. Los adornos son buenos para la escritura ornamental, ó caligrafía, cuya enseñanza no corresponde á la escuela elemental.

4°. Es también requisito de la claridad cierta proporción entre el alto, el ancho y el grueso de las letras.

5°. Las *letras* deben estar adecuadamente unidas, y las *palabras* adecuadamente separadas. Todos los caracteres que lo admitan deben ser formados con un continuo movimiento de la mano.

La *belleza* de la forma debe suponer claridad, pues

no podemos admitir que sea bella aquella letra cuya lectura produzca confusión. Existe la belleza cuando las líneas son regulares, suaves, y bien proporcionadas. Dichas líneas son rectas ó curvas. De las primeras puede decirse que son correctas ó regulares, pero no bellas : la belleza del dibujo depende de las segundas, que pueden ser circulares, ó elípticas, siendo la circular la más perfecta, ó sea, la más regular y uniforme, mientras que la elíptica está reconocida como más graciosa ; y así vemos que, en un buen estilo de letra las curvas son siempre elípticas.

La *rapidez* es impracticable durante el período en que el alumno está aprendiendo á escribir. Necesita hacerlo con claridad y limpieza, sin ocuparse del tiempo que en ello emplee, antes de pensar en escribir de prisa. Sin embargo, al determinar el estilo de letra que ha de adquirir, es conveniente tener en cuenta aquella forma más adecuada á la rapidez que después ha de emplear. La forma redonda se presta á la rapidez, mejor que la angular, la menos inclinada mejor que la más, la de contornos sencillos mejor que la rasgueada ú ornamental, la regular y uniforme mejor que la irregular y desigual, y la adecuadamente unida mejor que la separada.

El conocimiento de las cualidades de una buena escritura pondrá al maestro en condiciones de guiar los esfuerzos de sus alumnos, aunque él no posea una gran habilidad para escribir ; pero debe procurar adquirirla en cuanto le sea posible, porque, si bien no es indispensable, ejerce una gran influencia en el éxito de la enseñanza, directa, é indirectamente : directa, en cuanto le proporciona el medio de ofrecer mejores modelos que imitar, y le hace fijarse en faltas que de otro modo tal vez deje pasar inadvertidas, ó no aprecie debidamente ; é indirectamente, por cuanto juzgará con más elevación

este ramo de la enseñanza, y se interesará más en enseñarlo. La experiencia ha demostrado que no debe desconfiar de enseñar á escribir bien aquel que no sepa hacerlo por sí mismo, y que, aun cuando carezca de habilidad práctica, puede enseñar á hacerlo mejor que como él lo haga.

Antes de hablar del método, en el estricto sentido de la palabra, debemos insistir en ciertas consideraciones de un orden mecánico, indispensables para el éxito de cualquiera de aquéllos. Evidentes como son de por sí, su descuido es, con frecuencia, causa de desencantos que el maestro suele atribuir á su sistema.

En primer lugar, el moviliario que se use para la escritura debe ser apropiado, tanto en sus partes entre sí, como en el todo con respecto á la edad del alumno. Este, sentado, debe estar perfectamente fijo, y tener á mano todos sus utensilios. Si el banco es demasiado alto, y sin apoyo para los pies, la posición de aquél será insegura, y su trabajo se resentirá ; y si el pupitre es demasiado elevado con relación al banco, no podrá ejercitar libremente el brazo para escribir. El codo del alumno debe hallarse al nivel del borde del pupitre, que deberá estar ligeramente inclinado, y ser bastante espacioso, para evitar que se doblen los bordes del cuaderno cuando el alumno escriba en los extremos de la página. Es obvio decir que un mismo moviliario no es apto para los niños más pequeños y para los más grandes. Las mesas deben estar colocadas en líneas paralelas, de manera que los alumnos, en cualquier momento, puedan observar las explicaciones del maestro en la pizarra, sin cambiar de posición, y si no bajo una luz que provenga del techo, situadas de manera que aquella parte de ventanas que se hallen situadas al lado izquierdo del alumno. Una moderada luz de frente es lo inmediatamente

preferible, pero la que proviene de atrás, ó de la parte derecha, es desfavorable. La posición del alumno debe ser natural y suelta, pues de lo contrario, no sólo no podrá escribir bien, sino que se resentirá su salud. El cuerpo debe estar casi recto, sin apoyar el pecho en el borde del pupitre, y vuelto ligeramente hacia la izquierda, descansando el antebrazo de este lado en dicho pupitre, y conservando libre el brazo derecho para sostener su propio peso en la muñeca y los dos últimos dedos. Si se le permite inclinarse hacia adelante, ó torcerse en cualquier sentido, su punto de vista será inadecuado para apreciar la calidad del trabajo que está haciendo. Una vez adoptada esta postura, debe ser alterada lo menos posible durante toda la lección, á cuyo efecto todos los alumnos deben ocupar sus respectivos puestos al comenzar aquélla, y tener colocados los tinteros donde los puedan alcanzar con facilidad. Este particular de la posición debe ser atendido con el mayor cuidado desde el principio, cuando es tan fácil para el alumno adoptar una correcta como una viciosa, mientras que es muy difícil corregir un mal hábito adquirido.

Los objetos usados en la escritura deben ser buenos, y conservarse en buen orden. El papel, ni demasiado fino, ni demasiado ordinario; las plumas con la punta defectuosa, y la tinta aguada, ó con borras, son elementos que no contribuyen á ayudar al alumno en sus esfuerzos; y es, en general, una mala economía la de dejar de proveerse de buenos materiales. El maestro debe dictar terminantes disposiciones para que los conserven en buen estado. Á fin de evitar que las planas sean manoseadas ó arrugadas, se deben entregar y recoger de los alumnos cuando éstos se hallen colocados en sus asientos. Ya un auxiliar ó un monitor, deben tener á su cargo el cuidado de tapar los tinteros al terminarse

la lección. El mal modo de limpiar las plumas, usado á veces por los alumnos, debe ser evitado por el maestro, exigiendo de ellos ó de los monitores el uso de una esponja húmeda para el efecto. Por último, se les debe enseñar á usar convenientemente los objetos con que escriben: la pluma, sujeta ligeramente, aunque con seguridad, entre los dedos gordo, índice, y del medio, á una regular distancia de su extremidad inferior, apuntando al hombro la superior; y á fin de que la punta caiga á plomo sobre el papel, los dedos que la sujeten no deben estar, ni demasiado tiesos, ni demasiado encorvados; los demás, completamente en descanso; y la mano, en general, no demasiado vuelta sobre su borde; el cuaderno (que no debe constar de muchas páginas), ni muy cerca ni muy lejos del cuerpo, un poco torcido hacia la derecha; y el modo de usar la tinta ha de estar de acuerdo con la limpieza. Estas, al parecer, triviales observaciones son de verdadera importancia para el alumno, pues influyen en la manera con que aprecia su trabajo.

147. Método.—Para el objeto á que se aspira en la enseñanza de la escritura en las escuelas, se cuenta con tiempo suficiente, si el método que se emplee es adecuado. Si este consiste simplemente en presentar al discípulo una muestra, y exigirle que la imite de la mejor manera que pueda, con sólo alguna ligera observación de cuando en cuando, no debe extrañarse que el éxito sea limitado, y que sea una verdadera casualidad que aquél llegue á escribir bien. Semejante método, si así puede llamarse, se reduce á ofrecer al alumno ocasión de practicar, y nada más, sin tomarse el trabajo de cerciorarse de que sabe lo que está imitando, ó usando el precepto sólo ligeramente. Hasta la práctica que se ofrece en estos casos, es con frecuencia mal regulada, ocupando

al alumno en lo que es complejo, antes de lo que es sencillo, y en ejercicios que son puramente de fórmula, en vez de dedicarlos á aquellos que son de un orden más interesante, en los que tenga que emplear sus propios pensamientos aplicados á lo que escribe.

Existen varios y muy distintos métodos para enseñar á escribir, conviniendo todos en la importancia concedida á la imitación, aunque difiriendo en las reglas para llevarla á cabo. En unos es más mecánica, y en otros más inteligente y libre. En el estudio de esos diversos métodos, que los maestros tendrán ocasión de ver en las obras dedicadas á esta materia, observarán que todos proclaman la bondad de su práctica, indudablemente con sinceridad y no sin cierta parte de razón. Un diligente y juicioso manejo de sus discípulos le asegurará el éxito, sea cual fuere el que elija entre dichos métodos. Los maestros que los han escrito, han creído en ellos, y los han empleado con conciencia; pero debemos cuidar de no atribuir á los métodos los éxitos que pueden corresponder al hombre en particular, y no debemos, por lo tanto, dejarnos llevar por particulares ejemplos de éxitos, al juzgar de la bondad de un método como el más adecuado para su aplicación á la generalidad de las escuelas elementales. Por otra parte, y en vista de aquellos particulares ejemplos, cada maestro hará bien en adoptar aquel en que tenga más fe racional, cualquiera que sea, pues está probado que, con la práctica de métodos completamente opuestos en su carácter, se han obtenido resultados igualmente notables.

148. Principales cualidades de un buen método.—Imitación inteligente.—La percepción de la forma requiere ser cultivada como cualquiera otro ejercicio de los sentidos. El ojo no puede percibir una forma complicada, si antes no ha sido educado por la sucesión de otras

más sencillas que le conduzcan á aquélla. Para el niño, las más simples, que por primera vez se le presenten para su imitación, son complicadas. Debe por lo tanto educársele el ojo. Si no ha sido enseñado á observar con exactitud, no puede esperarse que imite del mismo modo. Debe conocer lo que es una línea recta en sus diferentes posiciones de vertical, horizontal y oblicua; debe saber apreciar la igualdad y las diferencias de longitud, ancho y grueso; y tener conocimiento de las curvas, y de las más sencillas combinaciones de éstas con las rectas. Sin semejante experiencia acerca de la forma, no podrá hacer progresos en la escritura. Puede decirse, por lo tanto, que este arte está basado en el del dibujo.

Es digno de consideración el pensar si no sería más conveniente poner en manos del niño un lápiz y una pizarra, en vez de una pluma, tinta y papel, cuando empieza á aprender á escribir, y tenerlo ocupado por algún tiempo en dibujar letras y palabras sencillas. Sentiría todo el interés que experimenta cuando escribe en papel, y se vería libre del desaliento á que le expone el prematuro uso de la tinta. Tiempo habría para dedicarlo á *escribir* las letras, luego que supiera bosquejarlas con perfección.

Es muy común tener á los niños dedicados por largo tiempo á escribir con letras grandes, en la creencia de que así aprenden á formarlas con más exactitud. En principio, puede admitirse, pero hay que reconocer que no es conveniente un tamaño de letras demasiado grande, por la comparativamente mayor firmeza de pulso que requiere su ejecución. Un tamaño, suficiente para mostrar bien la forma de la letra, será lo más adecuado, y no tan grande que canse el pulso del niño, tamaño que debe irse aminorando con menos lentitud de la que generalmente se emplea, hasta que quede reducido al co-

riente, que es el que ha de usar en todos los demás departamentos de la instrucción. Debe empezarse por la enseñanza de las letras minúsculas, por su mayor sencillez y uso más general, y aun en éstas, por las de más fácil ejecución, concluyendo por las pocas más complicadas; después se pasará á la formación de palabras y de pequeñas frases, por el gran interés que su ejecución inspira al niño. Cuando este sepa ya escribir palabras, deberán introducirse gradualmente las letras mayúsculas, bajo el mismo orden que las minúsculas, y en combinación con éstas. No hay para qué decir que no debe pasarse á un nuevo ejercicio, mientras no sea bien conocido el anterior, y que todos los grados deben practicarse alternativamente con el nuevo.

Es un error el prolongar demasiado las lecciones de escritura, especialmente con las clases de los niños más pequeños, pues no puede dejar de ser perjudicial el perseverar en escribir cuando el pulso está cansado. Dos lecciones cortas son preferibles á una larga.

Los modelos deben presentarse en la pizarra, sobre todo en las primeras lecciones, pues de este modo se hace más fácil la explicación á la clase. Cuando ésta avance, todavía será útil el uso de aquélla algunas veces; pero como puede faltar al maestro tiempo material para ello en todas las lecciones, son convenientes las muestras impresas, ya en el encabezamiento de las páginas del cuaderno, ó ya en hojas separadas.

La fidelidad de imitación es una cosa esencial por parte del alumno, y el medio de conseguirla es uno de los grandes problemas al enseñar á escribir. Es frecuente la queja de que los discípulos no imitan los modelos que se les presentan, y que si lo hacen, es sólo en las primeras líneas, perdiendo luego de vista gradualmente aquél, é imitando su impresión de él, ó escribiendo

do como mejor les parece. El único medio de corregir esto consiste en que el maestro inspeccione constantemente las planas, corrigiendo las faltas que halle, con referencia á la muestra, señalándoselas al alumno para que se fije en ellas, y guiándole algunas veces la mano para que vea cómo se hacen con perfección. Esto no debe hacerse cuando la plana esté terminada, sino, si es posible, línea por línea en el curso del ejercicio, lo cual servirá también para acostumbrar al alumno á examinar cada línea que escriba, y á procurar hacerlo mejor en la inmediata. Por último, el maestro debe observar si prevalece algún error en la clase en general, y corregirlo públicamente en la pizarra, ya á la conclusión de la lección, ya al principiar la siguiente.

Con razón debe insistirse en que los ejercicios de escritura no deben limitarse exclusivamente á la formalidad de las planas, sino que debe acostumbrarse al alumno á dedicarlos algunas veces á otros escritos útiles, lo cual constituirá un incentivo más para el cuidado y la diligencia. Al efecto, los discípulos más adelantados deben ser ocupados en la copia de trozos interesantes, y en la escritura al dictado, exigiendo de ellos el mismo cuidado que en las lecciones ordinarias de escritura. Si se nos pusiese como objeción la falta de tiempo, podríamos contestar que, una parte del que se dedica á las lecciones ordinarias podría ser dedicada á aquello. La adopción de ese plan conduciría á un más pronto empleo de la letra pequeña, siendo otra de sus ventajas la de que la escritura podría ser incluída en la lista de las materias cuyo estudio pudiera hacerse en casa. Creemos excusado decir que el carácter de estos ejercicios debe estar de acuerdo con el estado de adelantamiento del alumno tanto en la escritura como en el lenguaje.

El maestro no debe olvidar que la letra de la escuela,

si así puede llamarse, tiene que ser cambiada en breve por la de los negocios, á cuyo efecto debe procurarse que el alumno adquiriera rapidez, sin menoscabo de la claridad. No será cuerdo, sin embargo, aspirar á este cambio demasiado pronto, pues una buena letra de escuela es la base de una buena corriente, y cuanto mejor sea la primera, mejor será la segunda. Un cambio prematuro puede destruir por completo el buen carácter de letra del alumno. Sólo la práctica le puede dar destreza en la corriente, y cuando se halle en disposición de emprender el cambio, el maestro puede facilitarle el éxito, ya acostumbándolo á escribir palabras y grupos de ellas sin levantar la pluma, y con un gradual aumento de rapidez, y ya haciéndole escribir en papel sin rayas, para probar su habilidad en hacerlo sin torcerse. Pero no deben intentarse las dos novedades á la vez, siendo una bastante para ocupar la atención del alumno. La copia de trozos de un libro, y la escritura de cartas, constituirán el mejor material para la práctica de este grado de progreso.

149. Conexión de la escritura con el dibujo.—No sólo la escritura se basa en el dibujo, sino que existe entre ambas materias una íntima conexión, y por lo tanto, cualquiera enseñanza del dibujo, que el alumno adquiriera, puede asegurarse que redundará en beneficio de sus adelantos en la escritura. Cuando el ojo está educado á observar, y la mano á ejecutar formas agradables de objetos en general, el gusto por la forma se refina, y se manifiesta en todos los ramos de la instrucción. La experiencia así lo confirma ampliamente, y es, por lo tanto, digno de considerarse si no se debiera atender con alguna más extensión al estudio del dibujo en las escuelas elementales, ya que no por las indudables ventajas que en sí reporta, por el indirecto beneficio que presta en la práctica de la escritura, aunque fuese sin aspirar á una extremada habilidad en el arte.

CAPÍTULO III.

GRAMÁTICA.

150. Objeto de la enseñanza de la gramática.—La gramática enseña la teoría de una correcta expresión.

El conocimiento de ella no es indispensable para entender el lenguaje, que, en todos sus aspectos, es cuestión de hábito más bien que de reglas. Un niño que se habitúa á escuchar, y á tomar parte en las conversaciones, adquirirá el conocimiento del lenguaje hablado, del mismo modo que, si lee, y oye la explicación de palabras y frases, adquirirá el del lenguaje escrito. Pero, si el lenguaje es el vehículo del pensamiento, un mayor conocimiento de él, que aquel que el simple hábito puede proporcionar, debe considerarse como una necesidad de la educación, y especialmente de aquella que pretende cultivar la inteligencia. De aquí que la gramática, que explica los elementos del lenguaje y los principios en que se funda, viene á ser una universal materia de estudio.

Este estudio, además, juega un importante papel en la adquisición práctica del lenguaje por el alumno, puesto que, desde el momento en que todas sus reglas se derivan de la manera como realmente es usado, es indispensable que los ejemplos que se presenten á la observación de aquél sean correctos, para que compare el lenguaje que oye, con las reglas que aprende. Así